

La religión del nuevo orden

Teología y economía

Teología, como todos saben, es el estudio sistemático (logos) sobre Dios (Theos). Sin entrar en un gran debate sobre el objeto central de la teología, podemos decir que es Dios y, por lo tanto, el discernimiento de las imágenes de Dios. Santo Tomás de Aquino ya decía que de Dios nosotros sabemos más lo que Él no es, que lo que es; y que, por eso, no podemos anunciar a Dios "en sí". Eso significa que no debemos caer en la tentación de afirmar que poseemos un conocimiento cierto y exacto sobre Dios, sino reconocer nuestros límites y procurar discernir, a partir de la experiencia de fe/revelación narrada en la Biblia y en la Tradición, las diversas imágenes de Dios presentes y subyacentes en nuestras vidas, en las iglesias y en las sociedades.

A partir de esa noción de teología, nos aproximaremos a una de las primeras imágenes de Dios presentada por la Biblia. Tomemos el texto que nos habla del Paraíso y de la creación de la humanidad. El libro de Génesis nos dice que "Yahvéh Dios modeló el hombre con la arcilla del suelo, insufló en sus narices un hálito de vida y el hombre se hizo un ser viviente" (Génesis 2.7). Dios es presentado como el dador de la vida; por eso el cristianismo siempre enseñó que la vida es el mayor don que recibimos de Dios. Dios es Dios de la vida; la vida hace parte de la "esencia" de Dios. El ser humano es presentado como un "ser viviente" (cuerpo+vida), nacido de las manos de Dios.

Todos nosotros sabemos que no hay vida sin comida, bebida, ropa, casa, salud, libertad y afecto o acogida. La producción, distribución y consumo de estos bienes materiales son el campo de la economía. Siendo así, en la concepción bíblica de Dios no hay contradicción entre teología y economía. Muy al contrario, quien conoce al Dios de la Vida, defiende la vida amenazada por las fuerzas de la muerte y se "entromete" en la economía, en nombre de la fe, para que ella esté al servicio de todos los seres humanos.

Economía y teología

Muchos piensan que la relación entre teología y economía es una mano que va sólo de la teología a la economía y que en la economía no hay cuestiones teológicas. En otras palabras, esta relación sería algo que sólo los teólogos consiguen ver, en el intento de justificar la "intromisión" de las Iglesias en asunto ajeno: la economía. Ellos creen que la economía es una ciencia moderna, sin relación con la ética y, mucho menos, con la teología, que debería

tratar sólo de los asuntos "celestiales". Lo que este grupo no consigue ver es que la ciencia económica está fundada, como todas las ciencias, en ciertos presupuestos filosóficos. Aún más: está fundada también en presupuestos teológicos o metafísicos (como se decía antiguamente). Eso porque la economía trata de las cuestiones relativas a la vida humana y social.

Podemos decir que la ciencia económica tiene algunos niveles. El más aparente y conocido es el nivel de la operabilidad económica. Se suele identificar ese nivel con toda la ciencia económica. Pero ella posee también implícitamente una filosofía y, por lo tanto, una ética. Además de eso, hay también presupuestos teológicos. Eso porque todas las ciencias y teorías necesitan ser construidas a partir de algunas premisas que no pueden ser probadas y que en la mayoría de las veces componen un mito. Un distinguido economista, J. K. Galbraith, que llama a la ideología neoliberal de "teología del *laissez-faire*", dice que la defensa del neoliberalismo hoy se hace en base a los "fundamentos teológicos más profundos. Así como es necesario tener fe en Dios, es necesario tener fe en el sistema; en cierto sentido, ambos son idénticos".

Si es verdad lo que dicen estos economistas, necesitamos desenmascarar la teología implícita en el actual orden económico internacional que está siendo implantado a partir de la globalización, de la caída del bloque socialista y de la revolución tecnológica y gerencial. Develar para poner al "desnudo" la teología que mueve ese orden y que, por causa de su base religiosa, fascina a las personas.

Teología del nuevo orden económico

No voy a tratar aquí de los detalles ni de la dinámica del nuevo orden económico que está siendo implantado en el mundo, sino de sus presupuestos teológicos. Si es verdad que el capitalismo actual tiene una teología implícita, él debe tener algunas características fundamentales de todas las religiones. Por ejemplo, la promesa del "Paraíso", la noción del "pecado original", o la explicación de la causa fundamental de los sufrimientos y del mal en el mundo; y el camino y el precio a pagar (los sacrificios necesarios) para alcanzar el "paraíso".

Es claro que esos temas no son tratados con un lenguaje religioso tradicional por los defensores del sistema capitalista. Pero el cambio en el lenguaje no significa necesariamente que estas cuestiones no sean tratadas de una

económico

Una crítica de la Teología del Neoliberalismo

Jung Mo Sung



forma mítica religiosa.

El paraíso y el progreso técnico

Un primer punto que necesitamos tener claro cuando hablamos de la "religiosidad del capitalismo", es el hecho de que las sociedades modernas no rompieron totalmente con la visión mítica religiosa de las sociedades medievales. En la Edad Media el Paraíso o la utopía era objeto de una esperanza escatológica. Se localiza después de la muerte y del fin de la historia, y era fruto de la intervención divina. En la modernidad esta utopía (Paraíso) fue desplazada de la trascendencia posmuerte hacia el futuro. Ahora la utopía ya no es vista como fruto de la intervención divina posmuerte, sino fruto del progreso tecnológico. Es el llamado "mito del progreso". Con ese mito, desaparece la noción del límite para acciones humanas y surge la idea de que "querer es poder".

Con esa transformación de la noción de la utopía y de la acción humana, la modernidad es portadora de una buena nueva que concurre con las buenas nuevas religiosas tradicionales. Serge Latouche llega a afirmar que la burguesía "fundó su poder gracias al mito de la erradicación de la muerte en sus tres formas (violenta, miserable, natural)". La civilización occidental y su sistema judicial y policial

acabaría con la muerte violenta, el crecimiento económico capitalista, con la muerte por el hambre; y el avance de las ciencias, con la muerte natural.

Ese mito-promesa de la erradicación de la muerte llevó a la transformación en la propia noción de la muerte. Hoy la muerte ya no es vista como una parte natural de nuestra condición humana, sino la derrota de las ciencias frente a las enfermedades y de otras "debilidades sociales". Tanto eso es verdad que la localización y la estética de los cementerios modernos son bien diferentes de los antiguos cementerios.

Tal vez las empresas que se especializan en congelar los enfermos terminales sean los ejemplos más típicos de ese mito. Existen, en los Estados Unidos, empresas que cobran 100 mil dólares para congelar el cuerpo entero o 30 mil dólares para congelar sólo la cabeza de los enfermos terminales. La lógica es la siguiente: la muerte inminente es vista como una derrota de la medicina frente a la enfermedad. Antes que el "juego" termine, se pide un "tiempo" - se congela al enfermo- para que las ciencias médicas se desarrollen y encuentren la cura. Se descongela el enfermo y se lo cura. Cuando sea tomado de sorpresa por otra enfermedad todavía incurable, se lo congela de nuevo hasta el nuevo descubrimiento. Así sucesivamente hasta que sean

encontrados remedios para todas las enfermedades -hasta el envejecimiento. Al fin, llegamos a la inmortalidad.

El sistema de mercado, el sistema de competencia de todos contra todos, es presentado como aquel que posibilita el progreso técnico infinito que va a posibilitarnos la acumulación infinita que va a satisfacer todos nuestros deseos actuales y venideros. El capitalismo es presentado como realizador de las promesas que el cristianismo hacía para después de la muerte.

El pecado original

Cuando la promesa del Paraíso entra en contradicción con la realidad llena de problemas sociales y económicos, es necesario explicar el origen de las dificultades y crisis sociales. Como todas las ideologías o religiones, el neoliberalismo parte de un diagnóstico sobre la causa fundamental de los problemas sociales. Esto es, el mal fundamental (o, en términos religiosos, el pecado) que está en el origen de otros males).

Hayek, en una conferencia que presentó en ocasión de recibir el Premio Nobel de Economía, en 1974, reveló la base teológica, epistemológica y antropológica del neoliberalismo. El título de la conferencia, "Pretensión de conocimiento", que recuerda el "pecado original" de Adán y Eva, ya muestra la cuestión de fondo que él va a tratar. En la conferencia, él defendió la tesis de que los intentos de establecer políticas económicas con la intención consciente de superar problemas sociales están en la raíz de crisis económicas y causan mucho mal a la sociedad; esos intentos presuponen la pretensión de conocer los mecanismos incognoscibles del mercado, además de ir contra sus leyes. Para él, no hay otro camino que el de ser humildes delante del mercado y dejar libres sus mecanismos para que éstos resuelvan -de modo inconsciente- nuestros problemas sociales. En esa relectura de la teología del "pecado original", la pretensión de conocer el mercado y dirigirlo en búsqueda de superación de problemas sociales, es el origen de todos los males económicos y sociales. En otras palabras, el mayor pecado es caer en la "tentación de hacer el bien".

Sacrificios necesarios

A medida que se cree que el sistema de mercado capitalista es el camino único -sin alternativa- para el "paraíso" y para la "vida en abundancia", todo pasa a ser justificable y legítimo en nombre suyo. Sólo que sabemos que la lógica del mercado impone recortes en los gastos sociales y excluye, inmisericordemente, a los "incompetentes" (entiéndase, los pobres) y los que no son más necesarios en el actual proceso de acumulación de capital.

Robert J. Samuelson, por ejemplo, al explicar la naturaleza del mercado, dice que las mercancías deben ir a donde hay un mayor número de votos o dólares. Y que en esa única lógica viable, "el perro de Rockefeller puede recibir la leche que un niño pobre necesita para evitar el raquitismo". Reconoce que desde el punto de vista ético esto es terrible, pero no desde el punto de vista del mercado, único mecanismo capaz -según él- de coordinar el proceso económico en las sociedades modernas.

El sufrimiento y la muerte de los pobres, a medida que son considerados como el otro lado de la moneda del "progreso redentor", son interpretados como "sacrificios necesarios" para ese mismo progreso. Ahora bien, cuando el sufrimiento y la muerte de los pobres son interpretadas como "sacrificios necesarios", entramos en un círculo vicioso per-

verso. A medida en que estos sacrificios no tienen como resultado lo que los "sacerdotes" del sistema de mercado prometen, entramos en una crisis de legitimidad de los sacrificios.

Y para que estos sacrificios no sean vistos como "en vano" y, con ello, los "sacerdotes" del mercado aparezcan como simples asesinos de millones de personas, es preciso reafirmar la fe en el mercado y en el valor salvífico de los sacrificios. Se dice entonces que los sacrificios todavía no dan su fruto porque no nos sacrificamos lo suficiente. Y se exige más sacrificios para que los anteriores no hayan sido en vanos.

Contribución de la fe cristiana

Ante esta inversión idolátrica de tantos valores humanos y cristianos, y ante un sistema económico que diviniza el mercado y, en su nombre, exige sacrificios de vidas humanas, a cambio de la promesa de la "acumulación ilimitada de la riqueza", ¿cuál debe ser la actitud que la fe cristiana puede dar en la lucha contra este "imperio"?

Nuestra crítica sólo tendrá efecto multiplicador en la sociedad, si conseguimos quitar al sistema capitalista su "aura sagrada y religiosa" y mostrar que toda esa religiosidad no pasa de ser una perversión, una idolatría. Es aquí exactamente donde la fe y la teología cristianas tienen una contribución específica que hacer a la crítica teórica y práctica del capitalismo.

La tesis que dice que no hay alternativa al sistema capitalista, está fundada, en gran parte, en la "victoria" de éste sobre el sistema socialista. Esa victoria es presentada como la prueba de la "veracidad" de las propuestas capitalistas y de su justicia. Todas las demás nociones de justicia, como la de "justicia social", que van contra la noción de justicia capitalista, basada en propiedad privada y en las "leyes del mercado", son consideradas equivocadas y contrarias al progreso.

Esa es la lógica utilizada por los capitalistas para decir que el sistema de mercado es justo y que los ricos son merecedores de sus riquezas. Lo malo es que incluso entre los críticos del sistema capitalista hay quienes utilizan esta misma lógica, sólo que en sentido contrario. Creen que la lucha en favor de los pobres es una lucha justa y que por eso, el triunfo está asegurado. Para ellos no es tan importante saber si hay o no condiciones objetivas para la victoria política, pues creen que, por ser justos, Dios está de su lado y no podrán ser derrotados. Incluso, aunque esa victoria tarde un poco. Ese tipo de "confianza" es la que llevó y todavía lleva a muchos "militantes" y grupos de buena voluntad a cometer errores estratégicos importantes, además de reforzar la lógica que legitima la dominación capitalista.

Ahora bien, la fe cristiana no está fundamentada en la concepción de que Dios estaría siempre del lado del vencedor (que sería necesariamente el justo). Por el contrario, está fundada en la confesión de que Jesús de Nazaret -derrotado, condenado y muerto por el Imperio y por el Templo- resucitó, es creer en un Dios que no está asociado al vencedor (en este caso, el Imperio y el Templo). Los discípulos de Jesús no fueron presos por enseñar que hay vida después de la muerte, sino por "anunciar en Jesús la resurrección de los muertos" (Hechos 4.2). La gran novedad "revolucionaria" consiste en afirmar la resurrección no de los victoriosos, sino de alguien política y religiosamente derrotado, y quien a los ojos de Dios era "el Santo y el Justo" (Hechos 3.14).

Al descubrir que Jesús el crucificado resucitó, descubrimos que el orden social establecido y los que detentan el poder no son justos, ni representan la voluntad de Dios. Esta fe nos impulsa a testimoniar la resurrección de Jesús de una única manera: defender la vida y la dignidad humana de los pobres y pequeños.

Lucas nos cuenta cómo las primeras comunidades testimoniaban la resurrección de Jesús: La multitud que había abrazado la fe tenía una sola alma. Nadie llamaba suyo a lo que poseía, pues entre ellos todo era en común. No había entre ellos ningún necesitado. Los que poseían terrenos o casas los vendían y depositaban el dinero a los pies de los apóstoles. Y se distribuía a cada uno según su necesidad (Hechos 4. 32-35). Este texto, tan bonito, tiene algo de extraño. Testimonia la resurrección del Señor, pero este testimonio viene "envuelto" en dos párrafos que hablan, no de la resurrección sino de cuestiones económicas: la recolección de los bienes y propiedades conforme a las posibilidades de cada uno, y la distribución del dinero según las necesidades de cada uno, con el fin de que no hubiera nadie necesitado. O sea, la fe en la resurrección de Jesús revela que la salvación no está en acumular poder y riqueza, sino en confirmar comunidades humanas en las que todas las personas sean reconocidas, independientemente de su riqueza o de otras características sociales.

Don de sí

Confesar que Jesús es el Cristo, el Mesías, tiene también otras implicaciones fundamentales para nosotros. Después de la crisis del bloque socialista, de la derrota de los sandinistas en Nicaragua, y de tan pocas victorias en tantos años de luchas populares, muchos, en todo el mundo, se sienten hoy, como los discípulos de Emaús en aquella ocasión: "Nosotros esperábamos..."

Como Jesús no implantó el Reino de Dios en la tierra, la mayoría de judíos no creyó en él. Creían que el Reino sería establecido en plenitud con la venida del verdadero Mesías, no por su propia fuerza, sino por la fuerza de Dios que estaría con él. Un mesías derrotado no podía ser el Mesías.

En el fondo se trata, de nuevo, de que la teología de que el victorioso es victorioso porque Dios está con él. Pero si esa teología fuese correcta, tendríamos que admitir que todos los victoriosos de la historia tuvieron el poder, porque Dios estaba con ellos. Tendríamos que aceptar, por ejemplo, que los europeos, que diezmaron millones y millones de indígenas en América Latina -y otros que con su poder mataron a tantos- vencieron, ¡porque Dios estaba de su parte! Pero sabemos que eso no es verdad. Sabemos, por la resurrección de Jesús, que la victoria no es prueba de justicia. Lo que significa que los justos no siempre vencen.

Si ni el mismo Jesús, que era el Mesías, consiguió implantar plenamente el Reino de Dios en la historia, es porque el Reino de Dios no cabe en nuestra historia. En la historia humana sólo podemos construir y vivenciar presencias anticipadoras del Reino, relaciones sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas, que sean señales de Su presencia entre nosotros.

Afirmar que el "Paraíso", el Reino de Dios o reino de la libertad no se construye en la historia humana, es afirmar que "querer no es poder". Y es negar la legitimidad de cualquier exigencia de sacrificios de vidas humanas, sea en nombre del mercado, del Estado, del partido o de la Iglesia. Porque todas las exigencias de "sacrificios necesarios" se

hacen en nombre de una institución sacralizada que se presenta como el único camino para la construcción del "paraíso". Como el paraíso no cabe en la historia, ninguna institución humana se le puede equiparar. No se puede exigir, por tanto, "sacrificios necesarios". La crítica idolátrica en la tradición bíblica consiste exactamente en eso. Por ello repetirá Jesús: "Misericordia quiero y no sacrificio".

Para que nuestra postura no sacrificial sea correctamente entendida, es preciso esclarecer la diferencia entre "sacrificios" y "don de sí". Los sacrificios son imposiciones desde fuera, en nombre de una ley divinizada, que van contra la libertad de la persona victimada y que son exigidos en nombre de una divinidad (o institución sacralizada), a cambio de la promesa del paraíso, o de una recompensa. El don de sí es fruto del amor y de la libertad. Es un movimiento que nace de dentro de la persona y va en dirección de la persona amada o a la persona que nos despierta solidaridad.

Nuestra lucha

Vivimos un tiempo muy difícil. Los problemas sociales aumentaron. Y la insensibilidad de la gente también. Parece que el cinismo es la señal de nuestro tiempo. Hay incluso comunidades cristianas que están a punto de caer en la tentación de los discípulos, en ocasión de la multiplicación de los panes.

Ante una muchedumbre con hambre, que "estaba como ovejas sin pastor" (Marcos 6.34), los discípulos sugieren a Jesús: "Despídelos, para que vayan a los campos y poblados vecinos a comprarse algo para comer" (Marcos 6.36). Pero, ¿quiénes son esos casi cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños? Probablemente la mayoría eran personas desempleadas que no conseguían ocupación y por eso podían pasarse el día entero escuchando la predicación de Jesús.

Jesús responde a los discípulos: "Dadles vosotros mismos de comer" (Marcos 6.37). Y los discípulos, sin conseguir salir de la lógica del mercado, le contestaron que no disponían de tanto dinero para comprar la comida necesaria. Jesús sabía que no tenían ese dinero, pero sabía también lo más importante: la misma lógica que expulsa a los pobres (la lógica del mercado) no puede solucionar el hambre de los pobres. Por eso buscó una alternativa. No vamos a discutir ahora (sería otro tema) la propuesta alternativa de Jesús, concretizada en la así llamada multiplicación de los panes. Pero lo que no podemos hacer, a su luz, es cerrar los ojos de nuestras comunidades al hambre y al sufrimiento de los pobres.

Nuestra lucha debe llevarse a cabo en diferentes niveles. En acciones inmediatas de solidaridad y defensa de la vida, y en acciones a mediano y largo plazo, apuntando a la construcción de un orden económico-social más justo y humano. El camino no es fácil, pero es gratificante, pues es en la solidaridad, o sea, en el repartir el "pan", donde hacemos la experiencia de la presencia de Jesús resucitado que camina con nosotros.

Jung Mo Sung

*Doctor en Ciencias de la Religión
Profesor en la Univ. Católica de San Pablo
y la Univ. Metodista de San Bernardo del Campo.
San Pablo, Brasil.*

*Publicado en Signos de Vida
Nº 4 Junio de 1997.*